



EL ECLIPSE DE LA SUBJETIVIDAD

Por Roberto Bosca

Para Instituto Acton Argentina

Junio de 2012

“No es buena la homogeneidad”, sentenció (y nunca mejor empleado el verbo), el Presidente de la Corte Suprema de Justicia, al brindar en el cóctel de fin de año que los jueces ofrecen al periodismo. Si bien las palabras, referidas a la controversial ley de medios, encuentran una justificable aplicación en el sensible tema de la libertad de expresión, el concepto parece haber sufrido un proceso inflacionario que merece alguna atención debido a un abusivo criterio que lo ha generalizado como una regla universal.

Es esta globalización del concepto la que me parece que puede convertirlo en un absoluto y por lo tanto en un criterio no solamente equívoco sino incluso negativo para la convivencia social. En el pasado la homogeneidad, por el contrario, era mirada como un valor vinculado a la unidad. Si somos iguales, estaremos unidos por nuestros valores, nuestras costumbres, nuestros ideales, se pensaba con justificada sensatez. Pero una concepción autoritaria de la homogeneidad ha sido lesiva para la libertad con el consiguiente descrédito de su valoración.

Quiero decir que, en los últimos años se ha extendido, al calor del proceso de globalización, un saludable aprecio por la diversidad de ópticas en la consideración de la realidad social. Es así que la multiculturalidad es favorablemente percibida como un valor en sí mismo, conformando una suerte de nueva ideología: el multiculturalismo, que sería un movimiento saludablemente reactivo contra el asimilacionismo. Este último podríamos graficarlo con la popular sentencia de tono biólogo: *el pez grande se come al chico*.

En la matriz de esta nueva normativa late la idea de que una sociedad monocolor carece de la vitalidad y la riqueza que pueden brindar en cambio una diversidad de fuentes culturales, que no deben ser reducidas a una, aunque sea supuestamente la mejor. Naturalmente no me estoy oponiendo a una realidad apabullante como es la existencia de sociedades plurales (en cierto modo todas lo son), sino que es otra cosa lo que quiero decir, e intentaré explicarme ya que aquí se trata de ir un poco contra corriente, y esto supone romper unos ciertos contenidos que han adquirido un tono poco menos que dogmático en el sentir común.

Cantidad no es calidad

Sin dejar de valorar -sino al contrario-, lo diverso, me permito colocar prudentemente un interrogante ante la posibilidad que representa considerar que un cierto encanto y una fascinación por el distinto, por el mero hecho de serlo asegure un bien para las personas y para la sociedad. Es posible que esta idea no suscite hoy ningún entusiasmo y hasta pueda provocar una cierta resistencia por estar a contramano del canon dominante, pero merece la pena ser considerada, aun a riesgo de recibir la tacha de fundamentalismo, ultramontanismo o arcaísmo.

Se encuentra muy extendido, en efecto, un verdadero terror pudorosamente oculto por un prurito vergonzante, sobre todo entre los intelectuales, de ser considerados cerrados o poco amplios de espíritu si contradicen el *politically correct*, y esta prevención lleva en más de una ocasión a callar y asentir mansamente la imposición de ese canon dominante, aun en contra de un íntimo y legítimo sentir

René Guenon en una obra que ha pasado a ser un clásico del tradicionalismo, *El reino de la cantidad*, anota un rasgo característico de la mentalidad moderna: el reduccionismo cuantitativo de la realidad. Los números parecen mandar. Sin embargo, ser muchos no significa ser más. Según se mire, el todo no es mejor que la parte. Un vestido de muchos colores no es por serlo más bonito que uno de uno solo. Cualquier mujer convendrá que es mejor tener una sola



arruga que muchas y variadas. No es buena la suma de estar sano y estar enfermo sino estar sano solamente y sin ninguna pluralidad de situaciones sanitarias.

Dicho de otro modo, padecer varias enfermedades no nos convierte ciertamente en más saludables e incurrir en múltiples y diversos errores o fallos no nos hace más sabios o virtuosos. Las fotografías en color son una maravilla pero no puede negarse que las fotos en blanco y negro muchas veces permiten una expresión del arte superior a la que brindan los formatos multicolores.

Todos estos ejemplos tratan de mostrar que la pluralidad elevada a un objetivo mítico no constituye en realidad ningún valor. Mas no es mejor, pero además, la verdad no se consigue por una sumatoria de pareceres contrastantes y menos por un juego dialéctico de tesis y antítesis. Me pregunto si no estará llegando el momento de repensar la posmodernidad y de tener en cuenta si, pasada la natural fascinación que producen las novedades, no habría que revisar algo para separar la paja del trigo. Cantidad no es calidad, y a veces representa lo contrario.

La pérdida de la identidad

Más aun, el principio de identidad también cuenta, y cuenta de un modo primario ante otros. No se puede ser y no ser al mismo tiempo. La irrupción de redivivos integristas e incluso de nuevos fundamentalismos podría obedecer a una búsqueda de identidad en un mundo que aparenta arrasarlo todo, aun la misma condición sexual que parecería ser una de las identidades más primarias después del ser.

Una de las mayores angustias es el dolor de ya no ser, pero también es la de no saber ni siquiera bien quién es uno mismo. La despersonalización de la cultura contemporánea genera este conflicto, que tiene que ver también con el consumismo, porque el multiculturalismo puede ser leído como un consumismo de identidades. Pero también tiene una relación con la comunicación, a la que afecta.

La significación comunica algo cuando revela una identidad. Algo que transmite todos los significados no transmite ningún significado, ha dejado de ser para eclipsarse en esas expresiones que lo anulan como tal o al menos pone un ruido en la comunicación que la vuelve confusa o ambigua ¿Cuál es la personalidad de quien tiene infinitas? Mucho me temo que ninguna.

La película *Matrix*, donde se muestra un mundo existente en la mente del protagonista, es una parábola sobre la subjetividad, uno de los grandes temas de la filosofía. Desde luego que la película admite múltiples lecturas, pero muestra un rasgo muy propio de la posmodernidad como es la creación de la realidad por la subjetividad. En el relativismo hay una subjetivización de la verdad, la verdad pasa a ser en él una realidad subjetiva.

El subjetivismo, el egocentrismo o el autocentrismo, el autismo o el solipsismo en el ámbito individual por una parte, y el nacionalismo, el fundamentalismo, el totalitarismo y las formas autoritarias en los sistemas democráticos en el social por la otra, son todos ellos expresiones patológicas de la identidad o de la unidad.

Pero la unidad o la subjetividad no son una enfermedad o al menos algo indeseable, como parece sobrevolar en cierta mentalidad de nuestros días, donde se ha llegado a decir que argumentar es autoritario. La unidad, que es considerada un valor sospechoso en sí mismo por el riesgo del unanimismo, no es responsable de sus instrumentaciones autoritarias, de la misma manera que constituiría una incongruencia y una carga ilegítima adjudicar al deporte constituir una causa eficiente respecto de los *hooligans* o las barras bravas.

Desde luego que la unidad no es un valor en sí mismo, pero eso no significa que deba ser desconocida. De otro lado, hay que ver que conforme lo dicho, tampoco la pluralidad lo es. Las dictaduras de los unitaristas pueden ser algo detestable, pero no lo son menos las dictaduras de los relativistas.



La unidad de la fe

Digo esto porque en los planteos historiográficos es frecuente encontrar hoy un velado menosprecio por el periodo colonial de la sociedad hispanocriolla como la expresión de una cultura tradicional articulada sobre el esquema propio de la cristiandad medieval, y regimentada por un canon religioso autoritario y excluyente que encuentra en la Inquisición su más claro exponente. Esta visión es tributaria de la concepción iluminista que concibe a los siglos medios como un apagón cultural, como una edad oscura o un estadio histórico pre-racional de la humanidad.

De este modo quedan lamentablemente opacados valores propios de esa sociedad que me parece merecen ser reconsiderados, y me temo que esto constituye una omisión que conviene atender si no queremos reproducir una imagen bastante desfigurada de la realidad del pasado, incurriendo en una verdadera miopía histórica.

No se trata de restaurar ninguna cristiandad medieval, que tuvo muchos más defectos que los que imaginan nostálgicos tradicionalistas. Pero tampoco es cuestión de satanizarla por realidades que en su momento tuvieron un sentido y a su manera qué duda cabe que significaron un bien. No está demostrado que la sociedad pluralista sea en sí misma cualitativamente superior que una sociedad que no lo sea, y desde luego, nada autoriza a suponer que el opuesto a la sociedad pluralista sea una sociedad uniformista y totalitaria.

No es un dato tampoco menor partir del supuesto de que en el momento del descubrimiento y conquista, España venía de terminar una guerra descomunal que le había insumido la friolera de siete siglos, y por la otra se enfrentaba con la llamada contrarreforma (la actitud de los obispos españoles en el Concilio de Trento fue relevante) como una actitud reactiva al desgarrar que produjeron los cismas protestantes en el seno de la cristiandad.

La unidad no es un valor integrista ni constituye necesariamente un signo autoritario o absolutista. Tampoco lo es la unidad en la fe, que significa un verdadero bien allí donde es libremente asumida mientras sean adecuadamente respetados los derechos de las minorías. La fe católica fue durante todo el periodo colonial un valor altamente significativo en el Virreinato del Río de la Plata, donde no se registraron las cruentas guerras religiosas de la modernidad europea.

De ese modo, la religión católica pasaría por la propia dinámica del proceso histórico, a formar parte inescindible de su propia identidad. Con el tiempo, esa identidad religiosa ha prácticamente desaparecido, aunque conserva todavía una rica significación en la religiosidad popular.

La implantación de la fe cristiana constituye el mayor factor de civilización que puede concebirse a partir del momento del descubrimiento del nuevo mundo. Que ella tuvo luces y sombras no debería asombrar a nadie que conozca mínimamente la imperfecta naturaleza de la condición humana. Esta inculturación de la fe en concurrencia con factores étnicos, geográficos y económicos además de naturalmente los políticos, gravitaría sobre el carácter individual y colectivo, imponiendo maneras propias de pensar y de sentir.

La negación metafísica como eclipse del ser

Quizás esa misma religiosidad es la que puede dar un sentido a tantos desconciertos que sufre el hombre y la mujer de nuestros días. De otra parte, cada vez es más evidente que en este mundo relativista la verdad ha pasado a ser una creación de la subjetividad. Esto es el subjetivismo, que paradójicamente representa una negación de esa misma subjetividad. La articulación antimetafísica y su menosprecio por la razón ha entronizado el pensamiento débil. Cuando hoy se quiere desacreditar un argumento, puede decirse de él que responde a una concepción esencialista. El anatema de esencialista es la orden inquisitorial que fulmina cualquier capacidad de ser escuchado.

Una desesencialización ha invadido nuestra cultura, donde la forma instrumental se privilegia sobre la sustancia. Ella importa una supresión de la racionalidad y la primacía de la



apariencia sobre la realidad. Los nuevos sofistas pontifican sus falacias con una atroz hipocresía. La expresión de la verdad es reemplazada por una lógica del poder que resulta funcional a una sociedad cínica, donde naufraga irremediabilmente la condición humana. Pero el hombre es más, sobre todo cuando no espera todo de sí, cuando mira a una realidad más alta que su propia estatura.